

MODELOS DE MONJES JÓVENES

Se ofrecen aquí cuatro breves semblanzas de monjes jóvenes ejemplares y unos breves textos o extractos de textos suyos.

UN MONJE BENEDICTINO BELGA: DOM PIE DE HEMPTINNE

(Tamise, Flandes oriental, 21.IV.1880 – Bockryck, Limbourg, 27.I.1907)

Sobrino por parte de su padre (antiguo zuavo pontificio) del abad primado de la Confederación Benedictina Dom Hildebrando de Hemptinne y de una abadesa de la misma Orden, se formó en la escuela abacial de Maredsous (Bélgica) y pidió ingresar en este monasterio, donde ya era monje un hermano suyo, mientras otro deseaba ser trapense. Jean o Iván, como le llamaban en casa, cambió su nombre por Pío / Pie. Superó las primeras dificultades en la vida monástica y descubrió pronto la grandeza y belleza del Oficio Divino, confiando su alma con piedad filial al P. Maestro de Novicios. En 1899 hizo la profesión simple y desde 1900 tuvo por director espiritual al Beato Columba Marmion, monje irlandés que más tarde sería abad de Maredsous, entonces prior y profesor en Mont César, a donde fue enviado el joven Hermano Pie. Hizo los votos solemnes en 1902 y fue ordenado sacerdote en 1903, regresando a Maredsous en 1906. Aquí se le nombró prefecto de la escuela abacial, donde elaboró para sí mismo un programa como educador desprendido de todas las cosas, volcado en los niños y en su formación integral y con una disciplina aplicada más con suavidad y por sentido del deber que por el temor de los castigos. Organizó con inteligencia los juegos de los chavales y procuraba que crecieran en la fe y las buenas costumbres. En el mismo año de 1906 cayó enfermo, contagiado por un pobre al que había atendido (pues ésta era una ocupación suya habitual también) y sufrió duramente, tanto desde el punto de vista físico como en el espiritual, encontrando consuelo en la oración. Murió en 1907 de manera tranquila y edificante. Había destacado simplemente por la perfección con que cumplía sus deberes ordinarios con obediencia y amor.

El alma del verdadero monje es este pájaro que necesita el amplio cielo puro y bello. Se remonta en él, como la golondrina; vuela en él sin cansarse [...]. Para ella, ese hermoso cielo es Dios mismo; sube hasta Él, habita en Él por la oración. Si ella abandona la tierra es porque la encuentra demasiado pequeña; huye porque el amor la devora. Nadie a su alrededor comprende bastante su insaciable necesidad de amar; nadie, sobre todo, puede ni llenar ni saciar su corazón. Así, pues, ella huye para buscar a su Dios; huye porque el Amor la obliga a hacerlo...

El verdadero monje posee un corazón apasionadamente prendado, no de la criatura, sino de Dios.

UN MONJE BENEDICTINO PORTUGUÉS: BERNARDO DE VASCONCELOS
(São Romão do Corgo, Celorico de Basto, 7.VI.1902 – 4.VII.1932)



Bernardo Vaz Lobo Teixeira de Vasconcelos nació en el seno de una familia socialmente acomodada y profundamente católica. Hizo sus estudios preparatorios en el Colegio de Lamego y fue a estudiar después a la Universidad de Coimbra, la más antigua de Portugal. Aquí conoció al futuro cardenal Cerejeira y al futuro hombre fuerte de Portugal, Antonio de Oliveira Salazar, y también aquí se expandió su alma apostólica como miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl y como redactor de la revista *Estudos* del Centro C.A.C.D., una institución universitaria católica de orientación religioso-político-cultural, de la que fue también vicepresidente, además de presidente de la Liga Eucarística. En septiembre de 1924 ingresó como monje benedictino en el monasterio de Samos (Galicia), donde profesó el año siguiente. Dado su inmenso amor a la Eucaristía, deseaba poder recibir la ordenación sacerdotal y ver asimismo restaurada la Orden de San Benito en su Patria, Portugal, causa por la que ofreció su vida. Su librito *La Misa y la vida interior* alcanzaría una difusión muy notable, sobre todo después de su fallecimiento. Acogió con gran entereza de alma la enfermedad que le llevaría a la muerte, antes de que pudiera llegar al sacerdocio. Ante su muerte, exclamaba: “No lloren, voy al Cielo. ¡Jesús, Jesús! Soy todo de Jesús”.

La Santa Misa constituye el centro de la Liturgia, y la Liturgia es la fuente primaria e indispensable del verdadero espíritu cristiano. Luego debe constituir también el centro de nuestra vida cristiana. Y como la vida cristiana perfecta es un “vivir escondido con Cristo en Dios”, o sea, una vida interior, la Misa debe ser el centro de nuestra vida interior.

En el momento de la Sagrada Comunión de la Misa es cuando debemos completar nuestra oblación con la de Jesús.

Jesús, el Gran Inmolado de la Eucaristía, baja entonces a nuestra alma, para que nuestra inmolación sea no sólo espiritual, sino también corporal; entonces también, cuando el Cuerpo de Jesús nos cubre y nos informa y su Sangre generosa y divina viene a inundar nuestras venas, quedamos siendo verdaderamente uno con Él en el sacrificio.

Y entonces, desde lo alto del Cielo, el Padre Eterno ve otros tantos Cristos suyos en cada alma, por su Unigénito alimentada con su Carne y su Sangre. [...]

Hemos de vivir siempre pensando en lo que Jesús haría en lugar nuestro. Vivir vida recogida, del todo tranquila e iluminada, en la íntima unión de nuestro corazón con Dios: tal será la verdadera vida en Cristo.



UN MÁRTIR BENEDICTINO ESPAÑOL DE 21 AÑOS: AURELIO BOIX COSIALS

(Pueyo de Marguillén, Huesca, 2.IX.1914 – Barbastro, 28.VIII.1936)



Joven de un rostro sereno que llama la atención, vistió el hábito benedictino en el monasterio entonces existente de Nuestra Señora de El Pueyo, junto a Barbastro, el 12 de octubre de 1929; profesó sus votos temporales el 15 de octubre de 1930 y los solemnes el 11 de julio de 1936. Estudió en el Pontificio Ateneo de San Anselmo que la Orden de San Benito tiene en Roma. Junto con otros 17 monjes de su comunidad de El Pueyo, fue apresado por los milicianos de izquierdas y asesinado. Igual que sus compañeros, perdonó a los verdugos y marchó hacia la muerte con el grito de “¡Viva Cristo Rey!” en los labios.

Magnífico es el testimonio martirial del prior del monasterio, otro joven de 33 años, Dom Mauro Palazuelos Maruri, quien pidió despedirse de su Madre y lo hizo con el canto de la *Salve*, dirigido a la Virgen María. El proceso sobre el martirio de los 18 benedictinos de El Pueyo se encuentra ya concluido y a la espera del paso definitivo para su beatificación. Del joven neoprofeso solemne nos ha quedado una carta a sus padres y a su hermano José realmente estremecedora: en ella veía el martirio como culminación de su vida inmolada al amor de Cristo por los votos monásticos. Asimismo se han conservado otras cartas más.

Los benedictinos mártires de El Pueyo serán beatificados en Roma el 27 de octubre de 2013, coincidiendo con la clausura del Año de la Fe.

†

Pax

A mis queridos padres y hermano desde el convento de Padres Escolapios de Barbastro, a 9 de agosto de 1936.

Padre, madre y hermano de mi corazón: si esta carta llega a sus manos, el portador de la misma les enterará de todo el proceso; yo me limito a unas líneas. Hace 18 días que estamos casi todos los del Pueyo detenidos en esta prisión. A pesar de las garantías que se nos dan, como medida de prevención, quiero dedicar unas palabras a los seres que me son más caros.

En noches anteriores se han fusilado unas 60 personas; entre ellas, muchos curas, algunos religiosos, tres canónigos y esta noche pasada al Sr. Obispo.

Conservo hasta el presente toda la serenidad de mi carácter, más aún, miro con simpatía el trance que se me acerca: considero una gracia especialísima dar mi vida en

holocausto por una causa tan sagrada, por el único delito de ser religioso. Si Dios tiene a bien considerarme digno de tan gran merced, alégrense también ustedes, mis amadísimos padres y hermano, que a Vds. les cabe la gloria de tener un hijo y hermano mártir de su fe.

La única pena que tengo, humanamente hablando, es de no poder darles mi último beso. No les olvido y me atormenta el pensar las inquietudes que Vds. sufren por mí.

Ánimo, mis amadísimos padres y hermano, al lado de su aflicción surgirá siempre la gloria de las causas que motivaron mi muerte. Rueguen por mí, voy a mejor vida.

Padre mío amado: la entereza de su carácter me da la completa seguridad que su espíritu de fe le hará comprender la gracia que el Señor le otorga. Esto me anima muchísimo: le doy el beso más fuerte que le he dado en mi vida. Adiós, padre, hasta el cielo. Amén.

Madre idolatrada: yo me alegro sólo al pensar la dignidad a que Dios quiere elevarla, haciéndola madre de un mártir. Ésta es la mejor garantía de que los dos hemos de ser eternamente felices. Al recuerdo de mi muerte acompañará siempre esta gran idea: "Un hijo muerto, pero mártir de la religión". Que Dios no pueda imputarme más crimen que el que los hombres me imputan: ser discípulo de Cristo. Madre mía muy querida, adiós, adiós... hasta la eternidad. ¡Qué feliz soy!

Hermano mío muy caro: En poco tiempo, ¡qué dos gracias tan señaladas me concede mi buen Dios! ¡La profesión, holocausto absoluto...; el martirio, unión decisiva a mi Amor! ¿No soy un ser privilegiado? Esto es lo más íntimo que tengo que comunicarte. Las cartas adjuntas, al extranjero, envíalas con una relación extensa de mi prisión, etc., ya te pongo bien clara la dirección; certificalas. El último beso, mi hermano, el más efusivo.

Mi despedida postrera a la familia son unas palabras de felicitación, tanto para mí como para Vds. Que Dios proteja siempre la familia que ahora agracia con un favor tan señalado.

Su hijo que les ama con un amor eterno.

Aurelio Ángel.



Dom Mauro Palazuelos, prior

UN MONJE TRAPENSE ESPAÑOL: SAN RAFAEL ARNÁIZ BARÓN (Burgos, 9.IV.1911 – San Isidro de Dueñas, Palencia, 26.IV.1938)



Este monje cisterciense de la Estricta Observancia (los conocidos como “trapenses”) fue beatificado por Juan Pablo II en 1992, propuesto por él mismo en 1989 como modelo para los jóvenes de todo el mundo y canonizado por Benedicto XVI en 2009. Hijo de una familia de la aristocracia, había comenzado a estudiar Arquitectura en Madrid, carrera que abandonó para seguir la vocación monástica que advirtió en su interior, dejando un porvenir prometedor y muchos afectos, así como la admiración de las chicas hacia él. Ingresó en la Trapa de San Isidro de Dueñas (Palencia) en 1934, de la que hubo de salir en algunas ocasiones por motivos de una terrible enfermedad que le llevaría pronto a la muerte, y también en 1936 para incorporarse a filas con su quinta (a causa de la Guerra de España de 1936-39). Al ser declarado exento, inútil por motivos médicos, sufrió doblemente al ver que la enfermedad le dificultaba su progreso en la vida monástica y asimismo su posibilidad de prestar el servicio a su Patria en un momento dramático para ésta. Ya había realizado el Servicio Militar años antes, pero ahora sufrió especialmente cuando vio partir a sus compañeros que se reenganchaban y que serían destinados al frente, mientras él no podía unirse a ellos. El Hermano Rafael volvió a la Trapa de Dueñas, donde murió santamente en abril de 1938. En uno de sus últimos testimonios refleja de qué modo se iba preparando su alma para afrontar ese trance final de la vida terrena; esperaba con ansia ir ya a la vida eterna:

13 de marzo de 1938.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

¡Señor, cómo me es posible vivir, esperando lo que espero!

¡Cómo me es posible pensar en tanta cosa creada como me rodea, teniéndote a

Ti!

Me maravillo de que tu gracia no me mate. ¡Es tanta y tan abundante!

Sueño con tu gloria, vivo algunas veces atontado sin saber lo que quiero... de tanto que quiero.

¡Cómo me cansan las criaturas, Señor y Dios mío! ¡Qué sinsabor tan grande me causa el tratar cosas del mundo, el hablar de negocios temporales, el escuchar noticias!

¡Ah, Señor, nada quisiera saber ni escuchar... sólo Tú, Señor, sólo Tú!

*Nada me llena, nada desea mi alma... ni aún gozar, ni padecer... sólo desea amar con locura, sólo se llena del pensamiento de Ti... ¡qué ansias tan grandes, Señor!
[...]*

Sólo en el silencio de todo y de todos hallo la paz de tu amor... sólo en el humilde sacrificio de mi soledad hallo lo que busco... tu Cruz... y en la Cruz estás Tú, y estás Tú solo [...].

Señor Jesús, mírame a tus plantas adorando tu agonía, besando tus llagas, limpiando con mi dolor tu Divina Sangre... cómo quisiera, Señor, morir a tus plantas de amor [...].

*¡Señor, quisiera morir de amores a los pies de tu Cruz!
[...]*

